

anular sus distancias” para que sean “un extraviarse en el espacio vencido”. Una vez más, ecos de Dávila Andrade se dejan entrever en esta poética que no niega su pertenencia a una tradición.

Cuatro son las secciones en que el autor ha dividido al libro: I. Las oscuras magnitudes, II. Los instrumentos, III. Fe de conquista, IV. Las ínsulas. De todas ellas, creo que la más poderosa es la primera, no porque las demás pierdan aliento, sino porque en ella están presentes los ejes esenciales de todo el libro: la imposibilidad de “decir” que tiene la poesía, “ese fruto urgente enquistado en el vacío [...] frágil verbo, aún sordo, aún [...] dice “mano”, pero es agua...”; la conciencia del decir solitario, “un gemido que, cansado de lo mismo [...] trazó un agujero, escapó de Dios...”; el aislamiento del poeta que “se sienta, ensimismado, a escuchar sus pájaros”; el viaje hacia la nada que supone la escritura, “palabras impronunciadas que se esconden y viajan contracorriente” junto con el deseo de encontrar una comunión con otros seres, “poder decir el poeta: esta es mi casa, ven, hermano, ten un vaso de agua”...

Ecos, también, de César Vallejo en este dolor del poeta solitario que no encuentra un lugar en el mundo, del navegante que ha probado las delicias de la vida, pero que no puede retenerlas porque su búsqueda es más ambiciosa y, por tanto, imposible: lograr decirlo todo, abarcarlo todo y descubrir, en el camino, que las palabras no bastan.

MARIALUZ ALBUJA BAYAS
TALLER LITERARIO PALACIO(I)CAZA
DE PALABRAS,
ÁREA DE LETRAS UASB
QUITO, 2011

RAÚL VALLEJO,

El alma en los labios,

Quito, Gobierno de la Provincia
de Pichincha,
Colección Cochasquí, 2011,
3a. ed., 264 pp.

La vida, pasión y muerte del poeta guayaquileño Medardo Ángel Silva es el motor de esta novela de Raúl Vallejo; sin embargo, no es una novela histórica en el sentido tradicional del término. Pues no está maniatada por la reconstrucción física de la época, el movimiento realista de los personajes ni por la sujeción subalterna a las fechas. Es más bien una novela histórico-poética; pero, eso sí, no al extremo que lleva las armas lingüísticas y la imaginación fosforescente de Enrique Molina en *Una sombra donde duerme Camila O'gorman*, o Margarita Yourcenaar con su clarividencia e información histórica apabullante en sus *Memorias de Adriano*, por poner dos ejemplos. A lo mejor porque a Vallejo no le interesaban esos extremos.

El título de *El alma en los labios*, las cuatro unidades narrativas de la primera “estancia”, las dos de la segunda y, antes, la única unidad del “interludio” son enunciados poéticos tomados de la obra de Medardo Ángel Silva Y, más aún, el discurso narrativo es poético, en cuanto Vallejo elige como narrador principal a Jean d'Agreve, el alter ego de Silva. Y lo asume, lingüísticamente, con solvencia y eficacia innegables.

Es en la construcción de este discurso donde reside, para mí, la notable sabiduría narrativa y lingüística del escritor guayaquileño. Un discurso que entra y sale de la materia física y síquica de la novela como Pedro por su casa,

es decir, con total soltura y naturalidad. Y crea un mundo que se sostiene a sí mismo como un pequeño planeta.

Y la acumulación prolifa de nombres de personas y personajes de la época, de familiares y amigos del poeta Silva, de poetas amados por este, el nombre de sus poemas, de sus críticos, de su novia, la fecha de su muerte, la marca del revólver que lo mató, el número de su bóveda, los nombres de las calles, del diario donde Jean d'Agreve-Silva trabajó, de las tiendas, de productos médicos, de sastres y sastrerías, de alimentos, de hechos históricos y mitológicos, tanto en el ámbito nacional como universal, no altera la connotación poética de dicho discurso. Sobre manera en razón de la eficaz construcción de los personajes y de los textos poéticos agregados al discurso, que agregan asimismo verosimilitud lingüística. Como ocurre en *El otoño del patriarca*, de García Márquez, en cuyo discurso el narrador añade versos de Rubén Darío sin disonancia alguna.

Y no es improbable que la asunción del narrador Jean d'Agreve, desdoblamiento del poeta, dueño de este seudónimo como cronista, sobre todo su fantástica presencia cuando Silva ha muerto, no tenga otra explicación que la poesía. Aquí, a nivel de los narradores, otro de los cuales es Gardenia Guerra, la prostituta del cronista y no de Silva, también hay otro centro de interés o enigma de la novela. En especial la infidelidad de d'Agreve, que mientras el poeta muere, tal vez para no cargar con la verdad del suceso, está en la cama con Gardenia Guerra. Un misterio más de la obra.

Otro centro de la novela es el amor de Medardo Ángel Silva por Rosa

Amada Villegas y, más aún, la enigmática muerte del poeta. Vallejo imagina más de un relato de esta, válido de las versiones de personajes de la época como José Joaquín Pino de Ycaza, Abel Romeo Castillo y la del propio d'Agreve.

Hay otros juegos temporales y de personajes reverberantes al final de la obra, en la cual está incluido el propio Raúl Vallejo. Todo lo cual confirma una vez más el valor de este narrador, puesto que en *El alma en los labios* da vida con belleza y talento a ese varón de dolores que fue Medardo Ángel Silva, marcado para siempre por un signo de grandeza o fragilidad humana que no correspondió a la mediocridad de su tiempo.

CARLOS CARRIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LOJA
LOJA, 5 DE AGOSTO DE 2011